

Las memorias de MacArthur

Por William STYRON

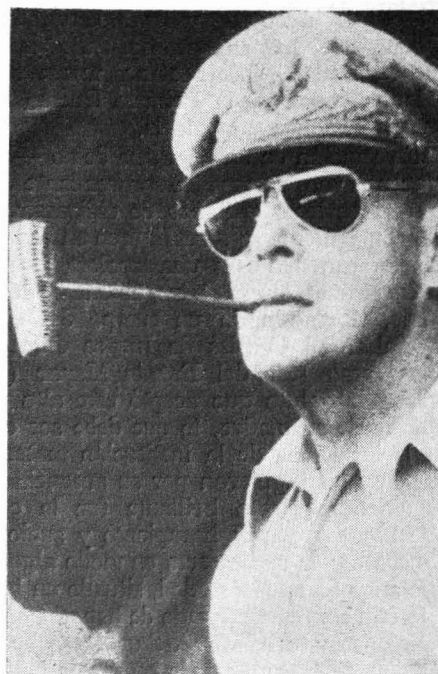
Estas memorias de Douglas MacArthur, general del ejército de los Estados Unidos, resultan admirables si no por otra razón, por constituir, de un modo perfecto, la única autobiografía de un gran hombre desprovisto casi totalmente de dudas. No se producen aquí las búsquedas espirituales, los momentos desesperados, los días de inquietud, los arranques melancólicos que se registran en las vidas de aun los más serenos entre los hombres heroicos. Hasta donde uno puede saber, el único ataque de desesperación de MacArthur sucedió cuando tenía 19 años y era alumno de nuevo ingreso en West Point. Se investigaba un incidente de las novatadas y una de las víctimas había sido el joven Douglas. Al pedirle los nombres de los compañeros de años superiores involucrados, cayó, naturalmente, en un estado de angustia, que se agravaba hasta el desquiciamiento por la presencia en West Point de su madre, quien le había enseñado reglas severas sobre el chisme y la mentira. Esta misma dama (que procedía de una vieja familia de Virginia y que vivió largas temporadas con el General, incluso después de cumplir éste los cincuenta años de edad) le envió el siguiente poema durante una suspensión de las investigaciones:

*¿Sabes tú que de mi alma tu alma es parte tal
que en mi corazón eres las fibras y la esencia?
Ningún otro, hijo mío, me causa tantas penas
ni nadie como tú me complace y celebra.
Con su oprobio, recuérdalo, el mundo estará presto
si oscurecen tu nombre la sombra o la vergüenza.
Mas la verdad es una para el hijo y la madre
y el mundo, a través tuyo, me ha de juzgar con creces
Sea tu deber entonces (si deber te resulta)
obligar a este mundo a rendirte homenaje.
Al ganar tú su juicio, de mí dirán sin duda:
"Segó lo que sembraba ¡Este hombre era su hijo!"*

"Supe en ese momento lo que debía hacer", añade MacArthur, "Pasara lo que pasara yo no sería un delator".

Esta última observación es sumamente característica. Porque dos de los rasgos más sorprendentes y evidentes de este libro son la confianza serena, no maculada por la diaria incertidumbre que aflige a la mayoría de los humanos y el estilo que en principio puede considerarse como una "limitación juvenil". Al recordar los periodos angustiosos vividos por tantos norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, resulta sorprendente el tono marcadamente insípido e insulso y la honradez viril y torpe (que recordamos como peculiaridad sobresaliente en las aventuras de Tom Swift) expresada con prosa muy ardua. Uno se pregunta por el paradero del MacArthur grandilocuente, el MacArthur que, a través de la retórica, se esforzó en transformar la árida monotonía de la vida militar norteamericana para convertirla en un mito tan rico y tan variado como el de los caballeros medievales. Ese ideal lo expresó en 1935, en el discurso a los veteranos de su propia División Arcoiris de la Primera Guerra Mundial:

"Se han desvanecido el color y las voces de aquellos días antiguos; se han ido con luz trémula en medio de los sueños de las cosas que fueron. Su recuerdo es ahora la tierra en donde brotan flores de belleza increíble y colores variados,



lavadas por las lágrimas y cuidadas y llevadas a su total lozanía por las sonrisas del ayer... arrogantes, con el oído ansioso escuchamos las hechiceras melodías del tiempo ido... Juventud... fuerza... aspiraciones... abarcadas por un vasto vendaval... los fanales centelleantes atraviesan insondables profundidades... movimientos... intensidad... los nuevos clarines tocan la Diana... los lejanos tambores reclaman mi presencia... la persistencia de la fusilería... y las cruces blancas inmóviles, silenciosas."

Esto es subliteratura, pero al menos posee cierto ritmo apasionado, en tanto que la mayor parte de la autobiografía, cuando no es infantil en el tono, se expresa en ese deslucido estilo eisenhoweriano tan auspiciado por las dirigencias de las grandes corporaciones, y que muy bien puede provenir de los últimos años de MacArthur en Remington Rand. * De cualquier forma, con frecuencia se debe librar una batalla para continuar la lectura.

Dicho sea de paso, la cita anterior fue tomada de *El General y el Presidente* (1950), el libro de Richard H. Rovere y Arthur M. Schlesinger no tan admirado cuanto imparcial. Para *Reminiscences* como para la *Vida de Washington* de Parson Weems, un curso de lectura suplementaria es esencial, y el trabajo de Rovere y Schlesinger, aunque dedicado en lo fundamental a la última (o coreana) etapa de MacArthur, es, dentro de una abundante bibliografía, el más informativo. Al examinar los 17 años que MacArthur vivió fuera de los Estados Unidos, antes de ser llamado a Corea en 1951, Rovere y Schlesinger concluyen considerando a MacArthur como "nuestro más grande expatriado militar; su participación en la rebeldía contra nuestra sociedad civilizada llegó a extremos no conocidos por Henry James o Henry Miller, y posiblemente simbolizó mejor que nadie al norteamericano sin nostalgia hogareña". El término clave es "sin nostalgia hogareña" y desde luego, la autobiografía de MacArthur apoya con creces los argumentos de Rovere y Schlesinger. Para intentar comprender a MacArthur, hay que recordar el total dominio sobre su vida del Ejército y del concepto de soldado profesional. Desde su nacimiento, el Ejército se convirtió en su hogar, su único hogar.

Nacido en 1880, MacArthur era hijo de un joven oficial de Wisconsin, ambicioso y con mucho talento, un veterano de la Unión casado con una mujer sureña cuyos hermanos habían combatido bajo el mando de Robert E. Lee. Por consiguiente, la atmósfera familiar vivió siempre bajo una regocijada preocupación por las tradiciones militares y sus logros pasados y presentes. En un momento dado, el padre de MacArthur, Arthur MacArthur, se convirtió en el oficial de más alto rango en el Ejército y así, la niñez de MacArthur transcurrió casi enteramente en puestos militares, sobre todo en el Suroeste. Después, West Point (su carrera allí fue notable; MacArthur no habla de la naturaleza exacta de su educación, pero en ese tiempo debió ser parroquial en extremo) y de allí, un ascenso asombrosamente rápido. A los 38 años, MacArthur es brigadier gene-

* O quizás sea la influencia del General Courtney Whitney, el biógrafo de MacArthur. Aunque MacArthur alega haber "escrito este libro con mi propia mano" se ha efectuado un suave plagio del servil libro de Whitney, *MacArthur: His Rendezvous with History* (1956).

ral, el más joven comandante de división de las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas. Su hoja de servicios en Francia fue en verdad espectacular y nunca se ha puesto en duda su valor personal; de la Primera Guerra retornó agobiado por las condecoraciones y la gloria.

En función de una persona de su —llamémosle con cautela— egocentrismo, no resulta sorprendente que los siguientes quince años, laboriosos y llenos de obligaciones, carezcan de sabor y por consiguiente se transfiguren en *Reminiscences* bajo la forma de literatura tediosa; una incolora gira de trabajo como superintendente en West Point, el mando de una brigada en las Filipinas, el mando de un cuerpo del ejército en Baltimore, la dirección del Comité de Juegos Olímpicos. Incluso sus cinco años como Jefe del Estado Mayor (MacArthur escribe con aplomo absoluto que aceptó este alto puesto solamente a instancias de su madre, lo que debe ser el más pavoroso ejemplo de la influencia de la institución maternal en el destino de un país) se distinguieron por su ausencia evidente de atractivos y el único momento brillante fue la celebrada escaramuza en Washington con el harapiento y sucio Ejército de los Bonos. Lo cual no es una guerra en modo alguno. Se entiende entonces que a los 55 años de edad, situado en la más alta cúspide que el Ejército concede, cargado de honores excesivos y candidato a un retiro prematuro, MacArthur fuese poseído por la nostalgia de los días de guerra, aguda como una herida abierta, y se entiende también que durante el primer periodo presidencial de Roosevelt —cuando, de cualquier modo, los militares se habían vuelto *dec'assé*— MacArthur sintiese la necesidad de manifestar, en su discurso a la División Arcoiris, un deseo vehemente, frustrado y sin esperanza, un “oído ansioso” por “lejanos tambores que reclaman mi presencia, la persistencia de la fusilería, las cruces blancas inmóviles, silenciosas”. Se había resignado, seis años antes del desastre en Pearl Harbor, a convertirse en el principal consejero militar de las Filipinas.

Si bien es imposible compartir la nostalgia de MacArthur por la guerra y aceptar su apasionada identificación con el mundo del soldado, al mismo tiempo es fácil entender tal nostalgia a la luz de estos 55 años. Quienquiera que haya vivido cierto tiempo como un extraño entre militares de profesión, en especial oficiales, gradualmente adquiere la conciencia de algo muy opuesto a cualquiera de las creencias comúnmente aceptadas sobre esta vida; y es el hecho de que la mayor parte de estos hombres, lejos de corresponder al lugar común liberal del superpatriota, carecen totalmente de patriotismo. No son antipatriotas, simplemente no entienden o no les importa el significado del patriotismo. En su mayoría, han sido moldeados dentro del microcosmos del Servicio —el Ejército, la Armada, los Cuerpos de la Marina, lo que sea— y están ligados espiritualmente a un Servicio, no a un país y el homenaje que rinden a la Vieja Gloria de Norteamérica lo podrían rendir ante cualquier bandera. Un verdadero militar es un mercenario (el calificativo no es innoble por necesidad, pero ciertamente el papel de MacArthur en las Filipinas, para todos los propósitos y consideraciones, fue el de un soldado mercenario) y encuentra su único hogar en el mundo de la soldadesca. Por eso MacArthur, sin lealtad alguna para con su tierra natal, pudo convertirse en el arquetipo mismo de un expatriado, hostil a Norteamérica, incapaz de entenderla. Por eso también, durante la Segunda Guerra Mundial y después, en forma desastrosa en Corea, encontró tan fácil desafiar la autoridad civil: ¿Qué sabían del Servicio esos Secretarios del Ejército y esos Presidentes remilgados —después de todo simples norteamericanos—? ¿Qué sabían del Servicio que los trascendía a todos?

Sin embargo, si se quiere entender la nostalgia por la guerra que determina estos años de rompimiento con Norteamérica, se deben aceptar sus características ardientes e histriónicas. Sólo una vez en su carrera dirigió MacArthur un cuerpo militar de la insignificancia de una compañía —en cierta medida es casi ridícula la idea de MacArthur, ya presente en su niñez, de mandar siempre, por lo menos, una división— y esto ayuda a explicar su actitud tan romántica hacia el lado gris y monótono de la vida militar y su habitual condescendencia en las noticias que proporciona sobre las tropas. MacArthur era un militarista genuino, mas como todos los de su simiente era un romántico sin esperanza, desprovisto casi totalmente de humor; su desgracia fue chocar tantas veces con esa corriente del carácter norteamericano, obstinada, torcida, realista y cómica. En muchos sentidos, los norteamericanos han sido un pueblo sediento de sangre, pero salvo en espasmos insólitos de violencia, nunca han sido militaristas y se debe tomar en cuenta tan significativa distinción al contemplar la carrera de MacArthur. Para él la vida militar puede simbolizarse por “fanales atravesando las profundidades insondables... tenues clarines tocando la diana”, mas para muchos, si no es que para la mayoría de sus compatrio-

tas es otra cosa aparte: es la diana. Es manuales de entrenamientos y caminatas de 30 kilómetros, lectura atónita de tácticas de pelotón y campos y el uso de la mochila Lister, montañas de papeleo administrativo, limpieza compulsiva y barracas hediondas en Missouri y Texas, privación sexual, ejercicios sobre el asfalto hirviente y ensordecedoras prácticas de tiro al fusil, tedio cotidiano de una ferocidad sin paralelo, comida espantosa, mala paga, gente ignorante y una demanda ritual de abyecciones, casi única por las calidades de humillación que trae consigo. El mundo que emociona a MacArthur, conmociona y horroriza a la mayoría de sus compatriotas.

Al principio de su narración, MacArthur señala cómo el trabajo cuidadoso le permitió obtener las más altas calificaciones estudiantiles y concluye: “Fue una lección que nunca olvidaré. La preparación es la llave para la victoria y el éxito.” En 1939, en unas declaraciones no citadas en el libro, él afirmaba, complaciente, de las Filipinas: “Se piensa, en mi opinión erróneamente, que el Japón codicia estas islas. Los exponentes de tal teoría fallan por completo en su comprensión de la lógica mental de los japoneses.” Pero ahora es evidente que la inadecuada preparación de parte de MacArthur fue un factor determinante en la catástrofe de las Filipinas, inmediatamente después de Pearl Harbor y que el fracaso del General, al no poder llevar a cabo ciertos planes cruciales para conseguir refuerzos, condujo sin remedio a la derrota en Bataán. MacArthur, por supuesto, no se demora en estos puntos y se queja y culpa a la Marina, a algo llamado “Washington” y a algo aún más nebuloso, “mis detractores”, un grupo que se deja ver con frecuencia cada vez mayor en las páginas del libro. Sin embargo, hay un pasaje fortificante en la sección Bataán-Corregidor del libro: es la descripción de la partida de MacArthur en el bote PT del muelle de la isla, en medio de una devastación increíble:

“La situación desesperada me mostraba sólo una masa negra de catástrofes. A través de las ruinas y los escombros, mis ojos buscaron *Topside*, donde aún gruñían y rugían los pesados cañones desafiantes. En lo alto, al mando estaba mi viejo compañero de clases, Paul Bunker. 40 años habían transcurrido desde que Bunker fue seleccionado dos veces como All-American por Walter Camp. Podía cerrar los ojos y ver de nuevo esa cabeza rubia correr, precipitarse, embestir; 90 kilos de poder irresistible. Podía casi oír la voz estridente del quarterback Charles Daly ladrando: —Bunker, atrás...”

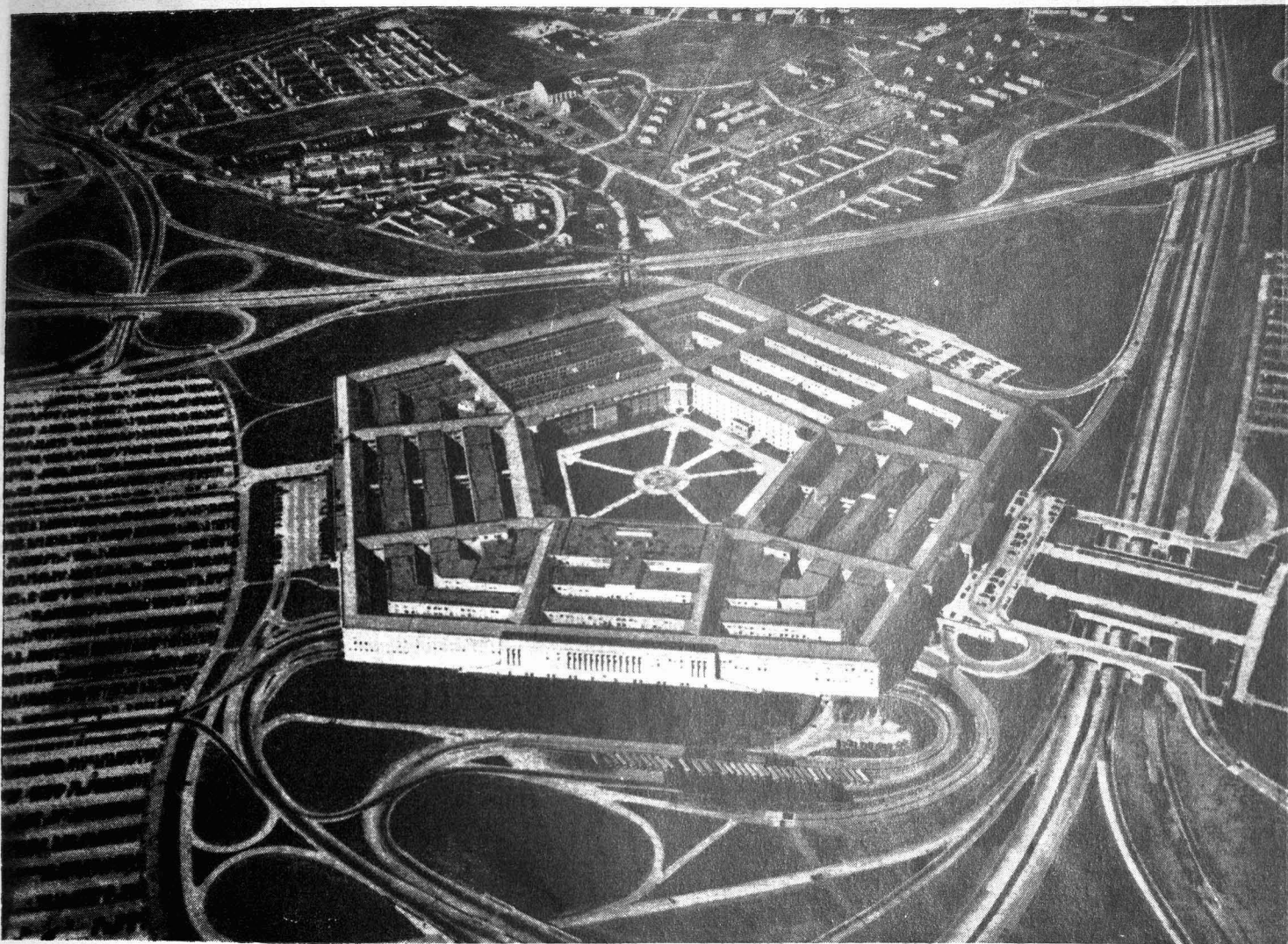
A partir de este momento se acentúan las protestas de MacArthur contra la censura. Se exasperó cuando “Washington” le prohibió dar información pública sobre la Marcha de la Muerte en Bataán y reflexiona sobre el incidente: “Aquí se iniciaba la siniestra tesis de ‘las noticias manejadas’ por los hombres en el poder.” Esta declaración la hacía quien no podía ignorar el conocimiento público de un hecho: su propia dirección de la agencia de noticias más estrechamente controlada de la guerra, una organización tan férreamente dedicada a glorificar a MacArthur que un corresponsal la calificó como “la censura más rígida y peligrosa en la historia de Norteamérica”. (“Si usted captura Buna”, le dijo una vez MacArthur al General Eichelberg durante la campaña de Nueva Guinea, “le otorgaré la Cruz del Servicio Distinguido y lo recomendaré para una alta distinción británica”. Luego añadió: “También permitiré que los periódicos publiquen su nombre.”) Sin embargo, la mayoría de los generales y aun numerosos almirantes, respetaban enormemente el sentido estratégico de MacArthur y su retirada de las Filipinas a Australia por la ruta de Nueva Guinea, sigue siendo una brillante hazaña. Quizás sea injusto quejarse de que la descripción de estas operaciones —situadas entre sus triunfos genuinos— resulte abstracta, distante, descuidada en su efecto total. Sería absurdo esperar que un militar de la posición de MacArthur hubiese permanecido mucho tiempo en las líneas del frente (aunque, durante la guerra, comunicados del Cuartel General de MacArthur, condujeron equivocadamente a tal creencia a muchos lectores de periódicos) y por tanto, su relato no puede saturarse del humo de la batalla y del sentimiento y movimiento de las tropas; mas es precisamente tal ausencia de elementos narrativos, lo que intensifica el tedio de la lectura cuando el General ha alcanzado ese nivel del mando a la vez olímpico y “global”. Así MacArthur escribe: “El 2 de enero de 1943, cayó Buna, cayó Sanananda y terminó la campaña de los papúes.” Esa es la única alusión del General a Sanananda, una batalla horrible y amarga, cuyo nombre desconocen la mayoría de los norteamericanos y que causó tantas muertes como la sangrienta y bastante más célebre batalla de los marinos en Tarawa. Se ocurre otra razón para un olvido tan caballeresco, pero es menos agradable. Sucede que tanto en el

libro, como en los despachos de tiempos de guerra, MacArthur se preocupó por minimizar su propia pérdida de hombres.

El hábito de MacArthur de felicitarse a sí mismo recorre su rítmico camino por estas páginas en un bullicio de medallas, decoraciones, lisonjas de los subordinados y mensajes de adulación de los jefes de estado y alcanza su punto máximo en la reconquista de las Filipinas, cuando se advierte con claridad la victoria inminente. Desde luego, ningún otro líder militar moderno mereció tantas manifestaciones de admiración ni vio su vida tan integrada por el amor recibido y otorgado graciosamente y por la vanidad extrema; en comparación, la autobiografía del almirante Halsey, que bajo ningún motivo se permite la alabanza inmodesta, parece producto de un anémico deseo de autodenigrarse. Ya cuando MacArthur llegó a Manila, la urgencia de comentar el carisma de su propia presencia física se había vuelto tan obsesiva y su narcisismo tan irremisible, que el efecto de

en el intento de oscurecer la patética realidad. Al protestar contra un relato similar de la "liberación" de otro campo de prisioneros en Manila, Bilibid, un sobreviviente, escribió hace poco una carta a la revista *Life* —donde se publicó inicialmente parte de este trabajo— y afirmó lisa y llanamente que el relato del General era mentira. Afirma que los prisioneros fueron liberados y llevados a otra parte; luego "en una maniobra sin nombre", regresados a la prisión donde MacArthur se les unió pronto con su séquito de periodistas. Allí no se produjo una agradecida explosión de bienvenida, sólo "bamboleantes hileras de hombres esqueléticos, terriblemente fatigados, de pie en un pálido silencio".

El mando de MacArthur en el Sureste del Pacífico fue una de las puntas de un doble asalto al Japón; la otra la constituyeron las fuerzas navales del Almirante Nimitz en el Pacífico Central. Al principio de la guerra, MacArthur se opuso resuel-



El Pentágono — "Desde su nacimiento, el ejército se convirtió en su hogar, su único hogar"

sus descripciones es de algún modo vagamente sexual, como si el General sedujera al lector y lo convirtiese en colaborador de un acto onanista. Describe, por ejemplo, su primera visita al infame campo de prisión de Santo Tomás:

"Cuando llegué, los presos famélicos y afligidos, prorrumpieron en gritos de excitación. Entré al edificio y de inmediato fui arrojado de espaldas a la pared por miles de seres poseídos por una intensa carga emocional. Parecían, con sus harapos sucios y sus rostros surcados por las lágrimas, estar usando sus últimas fuerzas para llegar a mí y aferrar mi mano. Un hombre me ciñó con los brazos y reclinó su cabeza sobre mi pecho y lloró sin vergüenza. Una mujer, que debió haber sido hermosa, con muchos trabajos alzó a su hijo por encima de las cabezas de la multitud y me pidió que lo tocara... Fui besado, fui estrechado por miles de brazos..."

Este pasaje resulta muy ofensivo puesto que fue escrito desde la ventajosa condición de las meditaciones sazonadas, y deja ver con claridad una imagen dominante: no el sufrimiento lastimero sino el hombre que se confunde e identifica con Jesucristo. Pero después el mismo pasaje nos merece un calificativo impublicable cuando nos enteramos de que es el fruto casi seguro de la fantasía característica de MacArthur

tamente a esta división del poder y odió a la Marina con pasión decidida; luego, ¡sorpresa agradable!, he aquí que no obstante reclamar el triunfo absoluto en el Pacífico sin ayuda alguna, el General nos conmueve al ofrecer alabanzas a quienes las merecen y al pagar tributo a Halsey y Kinkaid y a hombres de la Fuerza Aérea como Kenney e incluso el Mayor Bong, quienes tanto contribuyeron al éxito de sus propias operaciones. Resulta muy prusiano el generoso respeto de MacArthur para los triunfos de otros militares. También es innegable la hazaña brillante de las guerrillas agresivas de MacArthur al avanzar con rapidez hacia las Filipinas a través de Nueva Guinea e islas adyacentes.

Una suerte de exaltado frenesí se apodera de MacArthur al ser el dictador absoluto en un Japón conquistado. Por fin libre de "Washington", MacArthur sufre en Tokio una metamorfosis benigna. Autoritario, severamente aislado, es capaz con todo de desplegar comprensión enorme, tacto y una magnanimidad hasta entonces oculta (manifestada, por ejemplo, en su firme resistencia a los gritos de Norteamérica y sus aliados que pedían el tratamiento de criminal de guerra para el Emperador Hirohito). Un testigo tan de fiar como el Embajador Edwin O. Reischauer ha rendido su tributo de admiración al trabajo democrático de MacArthur y, en forma similar, Roger Baldwin de la Unión Norteamericana de Libertades Civiles,



"Es innegable la hazaña del avance hacia las Filipinas a través de Nueva Guinea"

regresó de Japón conmovido por las reformas en materia de derechos constitucionales, leyes laborales y emancipación de las mujeres. Sin embargo, Reischauer y Baldwin coinciden en señalar que MacArthur permaneció en el puesto más allá de lo debido y Baldwin, además, afirma que en problemas tan capitales como la sindicalización de los trabajadores del gobierno, el General apoyó a los sectores ultraderechistas.

El vasto recuento macarthuriano de su trabajo en Japón es, típicamente, prometeico y sin conceder errores o imperfecciones; una de las fallas del General es que tan pronto como empieza a ganarse a los lectores con una especie de encanto tosco, se delata y se pierde a sí mismo con un súbito espasmo de fariseísmo. Por eso, no obstante su magnanimidad hacia el Emperador, se mostró despiadado con el General Homma, la "Besia de Bataán", el responsable aparente de la Marcha de la Muerte. En su excelente libro *But Not in Shame*, John Toland aporta evidencias suficientes para considerar que MacArthur sólo intentaba destruir a su viejo enemigo de las Filipinas, razón por la cual arregló un juicio que ni remotamente puede considerarse una muestra cabal de justicia. Homma, aparte de ser un hombre de gran dignidad y generosidad personales, no estaba enterado de las atrocidades ocurridas en un sitio tan alejado de su centro de operaciones. Nuestro héroe debió saber esto y pese a todo, al revivir el juicio donde ordenó la ejecución perentoria de Homma, lanza una declaración que aun en el nivel de MacArthur resulta afectada e insufrible:

"El proceso demostró que el acusado carecía de la firmeza básica de carácter y de la fortaleza moral esencial en los oficiales encargados del alto mando de las fuerzas militares de un país. Ninguna nación puede con libertad depositar su honor marcial en líderes incapaces de mantener el código universal que distingue entre aquellas cosas que están bien y aquellas cosas que están mal."

En 1951, al ser removido por el Presidente Truman de su mando en Corea, MacArthur recibió la mayor bienvenida que registra la historia del afecto y el cariño norteamericanos. Con orgullo, el General recuerda este hecho en *Reminiscences*, aunque quizá en el último momento una modestia anómala le impida consignar lo ya dicho y escrito sobre su figura: "el más grande maestro viviente del idioma inglés" (esto corre a cuenta del Dr. Norman Vincent Peale), "el más grande hombre entre los vivos", "el hombre más grande desde Cristo", "el hombre más grande que el mundo haya conocido". A todo esto debe añadirse el mayor elogio jamás recibido por norteamericano alguno (al menos dentro de las paredes del Congreso), cuando al concluir MacArthur su famoso discurso a la Nación, el representante Dewey Short de Misouri, un egresado de Harvard y Oxford, afirmó: "Hemos escuchado aquí la voz de

Dios, a Dios encarnado." (Después revisó su declaración en el *Congressional Record* y la dejó así: "Una excelente representación de Dios encarnado.") MacArthur había errado trágicamente en Corea, al no prepararse adecuadamente para resistir la agresión china —como no se preparó tampoco en las Filipinas contra los japoneses— y sin embargo su plan terrífico para llevar la guerra al territorio chino, fue aplaudido en uno de esos raros orgasmos militares, por grandes contingentes de norteamericanos. Al respecto, la explicación de un experto inglés, Geoffrey Barradough, es muy convincente.

"Al margen del juicio que merezcan las acciones de MacArthur, es evidente que tuvo un lugar destacado en los intereses de Norteamérica. Se puede entender, en la tensa situación internacional de 1950, que Truman y sus consejeros hallaran difícil el reconocer, ante la faz del mundo, el papel imperial de los Estados Unidos en Asia, determinado por un vasto proceso histórico y que ahora pretendían defender. MacArthur no se preocupó mayormente por las apariencias. Su actitud, al menos, eliminó las hipocresías."

Y fue "Washington", esta vez bajo la forma de Harry Truman y el Pentágono, al prever que MacArthur "nos envolvería en la guerra inoportuna, en el lugar indebido, con el enemigo no deseado, en el tiempo inconveniente" quien nos dio la oportunidad de nuestra salvación.

A pesar de sus nobles protestas, es evidente la codicia bélica de MacArthur. Aunque un extraño para nuestra civilización, en los últimos días su lejanía quizá no era tan acentuada y eso nos permite comprender con facilidad sus sentimientos y sus anhelos y entender a quienes compartían sus anhelos. Al final de su carrera, declaró una y otra vez su amor por la paz y su odio vehemente ante la idea de la guerra. Sin embargo, en West Point pronunció un discurso supuestamente extemporáneo. Y la vieja nostalgia invade el final de ese discurso, que, registrado en la última página del libro, resulta tal vez impropio de un amante de la paz, pero que ya no es sorprendente; hemos oído esas palabras antes:

"Se aproximan las sombras a mi lado. Aquí está ya el crepúsculo. Se han desvanecido el color y las voces de aquellos días antiguos; se han ido con luz trémula en medio de los sueños de las cosas que fueron. Su recuerdo tiene ahora una belleza insólita, lavada por las lágrimas y cuidada y llevada a su florecimiento por las sonrisas del ayer. Atendí en vano, con el oído ansioso, esperando las hechiceras melodías de tenues clarines tocando la diana, de lejanos tambores reclamando mi presencia... el fragor de los cañones..."

—Traducción de Carlos Monsiváis